

Libro digital

Meditación de los Misterios del Rosario

II - MISTERIOS LUMINOSOS



Índice

Beneficios del Rosario	5
<i>El terror de los demonios</i>	6
<i>¿Cómo surgió el Rosario?</i>	7
<i>Corona de rosas</i>	10
<i>La oración perfecta</i>	10
<i>Misterios luminosos</i>	12

1.^{ER} MISTERIO LUMINOSO

El Bautismo de Jesús en el Jordán

Cordero Misericordioso de Dios	17
Oración preparatoria	18
<i>I - El Hijo de Dios asumió nuestros pecados</i>	19
<i>II - Llamados a seguir al Cordero de Dios</i>	22
<i>III - Resplandece la caridad del Sagrado Corazón de Jesús</i>	25
<i>Conclusión</i>	28

2.º MISTERIO LUMINOSO

La transformación del agua en vino en las bodas de Caná

El mejor vino para el final: el «vino» de María	31
--	----

<i>I - Cooperar con Dios en los milagros de la Fe</i>	33
<i>II - La eficaz y poderosa intercesión de María</i>	35
<i>III - Invitación a la Esperanza</i>	39
<i>Conclusión</i>	42

3.^{ER} MISTERIO LUMINOSO

El anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión

El Corazón que nos ama hasta el extremo	45
<i>I - Fuente de confianza inquebrantable</i>	47
<i>II - Un corazón fiel y lleno de ternura</i>	49
<i>III - Un Corazón que merece todo nuestro amor</i>	53
<i>Conclusión</i>	56

4.^º MISTERIO LUMINOSO

La Transfiguración de Jesús

El fundamento de nuestra perseverancia en la fe	59
<i>I - En el Tabor Jesús manifestó su gloria</i>	61
<i>II - Dios nos ama como a su Hijo único</i>	63
<i>III - Jesús se transfiguró para cada uno de nosotros</i>	64
<i>Conclusión</i>	68

5.º MISTERIO LUMINOSO

La institución de la Sagrada Eucaristía

Alimento para nuestra santificación	71
<i>I - El Pan de la Vida Eterna</i>	<i>73</i>
<i>II - Fuente de nuestra santificación</i>	<i>75</i>
<i>III - La felicidad que nos espera en el Cielo</i>	<i>77</i>
<i>Conclusión</i>	<i>80</i>



Beneficios del Rosario

*«Con el Rosario el pueblo cristiano
aprende de María a contemplar la
belleza del rostro de rostro de Cristo»
(San Juan Pablo II)*

Entre los católicos, encontramos a los que rezan el Rosario —al menos una parte— todos los días, los que lo rezan de vez en cuando o sólo en circunstancias especiales y los que no lo rezan y lo justifican con el argumento de que es una oración repetitiva.

Muchos papas, teólogos y, sobre todo, santos han rezado el Rosario. Eso debería bastar para asegurarnos de que se trata de algo mucho más grande e importante que una mera práctica repetitiva y sin sentido.

En su libro *El secreto admirable del santísimo Rosario*, San Luis María Grignion de Montfort nos enseña:

«Aun cuando os hallaseis en el borde del abismo, o tuvieseis ya un pie en el infierno; aunque hubieseis vendido vuestra alma al diablo, aun cuando fueseis unos herejes endurecidos y obstinados como demonios, tarde o temprano os convertiréis y os salvaréis, con tal que recéis devotamente todos los días el Santo Rosario».

El terror de los demonios

Los relatos de varios santos, así como de obispos y sacerdotes, dejan claro hasta qué punto el demonio teme al santo Rosario y es incapaz de tocar a quienes perseveran en su rezo diario.

En el mismo libro, San Luis Grignion describe un exorcismo realizado por Santo Domingo de Guzmán ante una multitud de fieles. No se trataba de un solo demonio, sino de un gran número de ellos, y revelaron que habían

tomado posesión del cuerpo de aquel hereje cuando atacó los misterios del Rosario.

Al final del exorcismo, antes de ser expulsados del cuerpo del poseído, admitieron: «La tememos más que a todos los bienaventurados juntos y nada podemos contra sus fieles servidores. Tenemos que añadir, con mayor claridad y precisión —obligados por la violencia que nos hacen—, que nadie que persevere en el rezo del Rosario se condenará. Porque Ella obtiene para sus fieles devotos la verdadera contrición de los pecados, para que los confiesen y alcancen el perdón e indulgencia de ellos».

Devotísimo del Santo Rosario, San Luis cuenta éste y otros ejemplos para que la gente conozca el poder de esta oración mariana por excelencia. Así pues, tenemos el testimonio de papas, teólogos, santos y del mismo diablo sobre la importancia de rezar el Rosario. Es una decisión que debemos tomar sin poner excusas.

¿Cómo surgió el Rosario?

El rezo del Rosario surgió alrededor del año 800 y llegó a ser conocido como el salterio de los laicos. Los monjes rezaban los ciento cincuenta Salmos, y los laicos, que en su mayoría no sabían leer, comenzaron a rezar ciento cincuenta Padrenuestros. Con el



tiempo, surgieron algunas variaciones, como el rezo de ciento cincuenta Avemarías, ciento cincuenta alabanzas en honor de Jesús y ciento cincuenta alabanzas en honor de María.

En 1214, en la iglesia del monasterio de Prulla, en Francia, la Santísima Virgen se apareció a Santo Domingo de Guzmán, fundador de la orden de los dominicos. El religioso atravesaba momentos difíciles... Durante sus oraciones y penitencias en reparación por los pecados de los hombres, casi sin fuerzas después de haber pasado tres días y tres noches sin comer, para aplacar la ira divina, la Virgen María se le apareció y le entregó el Rosario como arma poderosa para la conversión de los herejes y otros pecadores de la época.

Después de este milagro, el santo se convirtió en el gran propagador de esta devoción, que se extendió rápidamente por todo el mundo, y fue atribuida a la Virgen la advocación de «Nuestra Señora del Rosario». Posteriormente, la Iglesia confirió a Santo Domingo el título de «Apóstol del santo Rosario».

En 1365, se combinaron los cuatro saltorios, dividiendo las ciento cincuenta Avemarías en quince decenas y colocando un Padre-nuestro al principio de cada una. En el año 1500, se estableció para cada decena una meditación sobre un episodio de la vida de Jesús

o de María, y así nació el Rosario de quince misterios, tal como lo conocemos hoy.

Corona de rosas

La palabra «rosario» significa «corona de rosas». La Virgen María ha revelado a muchas personas que cada vez que rezan un Ave-maría, le regalan una rosa, y por cada Rosario completado, le dan una corona de rosas.

En 1917, cuando la Primera Guerra Mundial estaba en su apogeo, Nuestra Señora se apareció de nuevo para recordar que la solución a los males de la humanidad estaba al alcance de cada uno, en las cuentas del Rosario: «Rezad el Rosario todos los días para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra», y así se lo indicó a los tres pastorcitos de Fátima, cuando les dijo: «Soy la Señora del Rosario».

La oración perfecta

Y, como vimos en el libro digital de febrero, el santo Rosario se considera la oración perfecta porque junto a ella está la majestuosa historia de nuestra salvación, cuando recordamos los acontecimientos más notables de la vida de Jesucristo y de la Virgen María, y su recitación nos aporta muchos beneficios:



* nos eleva al conocimiento
perfecto de Jesucristo;



* purifica nuestras almas del pecado;



* nos hace victoriosos contra
todos nuestros enemigos;



* nos facilita la práctica
de las virtudes;



* nos llena del amor de
Jesucristo;



* nos enriquece con gracias y méritos;



* nos proporciona los medios para
pagar todas nuestras deudas
con Dios y con los hombres.



Inicialmente, los misterios se organizaron en tres grupos: los gozosos, que contemplan la Anunciación, el Nacimiento y la Infancia del Niño Jesús; los dolorosos, que meditan sobre todas las etapas de la Pasión; y los gloriosos, que tratan sobre la Resurrección de Cristo y su Ascensión a los Cielos, y terminan con la coronación de María como Reina de los Ángeles y de los hombres.

Misterios luminosos

El 16 de octubre de 2002, Juan Pablo II, con la publicación de la Carta Apostólica «Rosarium Virginis Mariæ», presentó a la Iglesia cinco nuevos misterios, llamados «luminosos», que contemplan la vida pública de Jesús:





- * el Bautismo de Jesús
en el Jordán;*
- * la transformación del agua en
vino en las bodas de Caná;*
- * el anuncio del Reino de Dios
invitando a la conversión;*
- * la Transfiguración de Jesús
en el monte Tabor;*
- * la institución de la Sagrada
Eucaristía en la Última Cena.*



Hay que resaltar que, aunque el recuerdo de estos episodios completa y enriquece las meditaciones sobre la vida de Jesucristo, la recitación de los misterios luminosos no es obligatoria y puede o no incorporarse al Rosario, a discreción de la persona que lo reza.

Estos son los misterios que contemplaremos este mes, basados en las meditaciones de Mons. João Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio, durante la práctica de la devoción de los Primeros Sábados.

¡Les deseamos una excelente y fructífera lectura!

Meditación de los Misterios del Rosario



- II -

MISTERIOS LUMINOSOS



EL BAUTISMO DE JESÚS EN EL JORDÁN

Cordero Misericordioso de Dios

Composición de lugar

Hagamos nuestra composición de lugar, imaginando la orilla del río Jordán donde San Juan Bautista bautizaba a la gente. Veamos con los ojos de nuestra imaginación el momento en que el Precursor ve acercarse al Cordero de Dios y, lleno de veneración, lo señala como el Salvador del mundo. Ante la mirada atónita de los presentes, Jesús entra en el río y pide a Juan que lo bautice. Las aguas del río relucen de un modo especial, el cielo se abre con una claridad intensa y todos oyen una voz fuerte y misteriosa que exalta al Hijo de Dios.



Oración preparatoria

Oh Santísima Virgen de Fátima, intercede por nosotros ante el inmaculado Cordero de Dios y obtén en nuestro favor las gracias que necesitamos para contemplar el misterio en el que recordamos su Bautismo en el río Jordán.

Haz que, al recordar este misterio, tengamos presente nuestro propio bautismo y renovemos, una vez más, nuestra fidelidad a la condición de hijos de Dios que hemos recibido y de miembros de la Iglesia, llamados a la santidad. Amén.



I - El Hijo de Dios asumió nuestros pecados

A orillas del Jordán, Jesús recibió las aguas del bautismo de penitencia de manos de San Juan Bautista, al mismo tiempo que era ungido por el Espíritu Santo como el Mesías, el Cristo, el prometido en las Escrituras y esperado por Israel.

1. El comienzo de la vida pública de Jesús

El Bautismo de Jesús tiene un significado especial porque marca el inicio de la vida pública de Nuestro Señor y de su misión de anunciar e inaugurar el Reino de Dios. Comenzó esta misión desde el momento en que se hizo hombre por nosotros, pero ahora la manifestará abiertamente, primero a Israel y, después de la Resurrección, a toda la humanidad.

Al narrar el Bautismo de Cristo, los Evangelios lo presentan como el Cordero de Dios, que cargará con todos los pecados, es decir, que será el Salvador, el Redentor de la humanidad, el camino que unirá el cielo y la tierra, la prenda de la fidelidad de la alianza nueva y eterna.

2. Se humilló y cargó con nuestros pecados

Jesús, Segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada, Hijo de Dios, no tenía necesidad de ser bautizado para purificarse. Sin embargo, comienza su misión redentora con profunda humildad: se une a la fila de los pecadores para ser bautizado por Juan. Él, que era impecable, asume nuestros pecados, se hace uno con nosotros, ¡el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!

Juan intentó disuadirlo, diciéndole: «Soy yo el que necesito que Tú me bautices, ¿y Tú acudes a mí?». Jesús le contestó: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia» (Mt 3, 14). En otras palabras, era conveniente, según el plan del Padre, que Jesús se humillara, se hiciera siervo y asumiera nuestra culpa. No vino en gloria sino en humildad, no en fuerza sino en debilidad, no para ser servido sino para servir. Éste es el camino que el Padre muestra a Jesús, éste es el camino que Jesús elige libremente en obediencia al Padre. Éste es el camino de los cristianos que siguen al Divino Maestro.

3. Bautizados con el poder del Espíritu

San Juan dice: «Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego» (Mt 3, 11). El bautismo de San Juan Bautista no era el Sacramento del Bautismo: era sólo un signo externo de que alguien se reconocía pecador y quería prepararse para recibir al Mesías.

Cuando Jesús fue bautizado en el Jordán, fue ungido con el Espíritu Santo para su misión redentora. Esta unción del Espíritu Santo es capaz de purificar, fortalecer, restaurar, romper las cadenas de los cautivos por el demonio, dar luz a los ciegos y, sobre todo, justificar, es decir, hacer que la criatura humana cumpla la voluntad de Dios con amor filial. Y Jesús, revestido de este poder del Espíritu Santo predicará, realizará sus milagros, expulsará a los demonios e inaugurará el Reino de los Cielos. Es en el poder del Espíritu en el que vivirá una vida de obediencia total y amorosa al Padre y de entrega a sus hermanos hasta la muerte y muerte de cruz.

II - Llamados a seguir al Cordero de Dios

Al recordar el Bautismo de Nuestro Señor, cada uno de nosotros debe recordar también su propio Bautismo, que nos limpió de la mancha del pecado original, nos hizo hijos de Dios y miembros de la Iglesia, y nos lleva a seguir las huellas del Cordero de Dios en este mundo.

1. Santificados en el Sacramento del Bautismo

El Señor quiso ser bautizado, dice San Agustín, «para proclamar con su humildad lo que era una necesidad para nosotros».

Con el Bautismo de Jesús se preparó el Bautismo cristiano, instituido directamente por Nuestro Señor e impuesto por él como ley universal el día de su Ascensión: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 18b-19). El bautismo de Juan era sólo un signo de conversión; el Bautismo que Jesús confió a su Iglesia es un Sacramento y un signo eficaz, porque no sólo significa, sino que realiza la liberación y la renovación de nuestro ser, haciéndonos hijos de Dios a semejanza del Hijo Unigénito.

Los Padres de la Iglesia llegaron a decir que Jesús descendió a las aguas precisamente para santificarlas y transmitirles ese poder de purificación y renovación que se ejerce cada vez que la Iglesia bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

2. El Bautismo nos hace partícipes de la misión de Cristo

Así pues, el día en que fuimos bautizados fue el más importante de nuestra vida, porque en él recibimos la fe y la gracia, bienes infinitamente superiores a cualquier otro, ya que a través de ellos logramos la salvación eterna y nuestra entrada en el Cielo.

Debemos considerar también que, en virtud del Bautismo, estamos llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, realizando, según la condición de cada uno, la vocación de todo cristiano en la Iglesia y en el mundo. Al bautizarnos, recibimos de Jesús el Espíritu Santo y, por tanto, nos hacemos partícipes de su misión de vivir, testimoniar y proclamar el Reino de Dios, amándolo sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

La celebración y la meditación de la fiesta del Bautismo del Señor deben llevarnos al deseo de renovar la vocación y la misión que el Sacramento del Bautismo nos ha dado

como don divino: la vocación a la santidad y la misión de anunciar a Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Sólo Él puede liberar verdaderamente al hombre de todos sus males, conduciéndolo a la salvación, a la alegría de la fe y a la comunión fraterna con todos los cristianos.

3. Renovemos nuestras promesas bautismales

Tomemos conciencia, pues, de que meditando el Bautismo del Señor Jesús tenemos



ante nosotros una ocasión propicia para renovar nuestras promesas bautismales. Vivir intensamente los compromisos de nuestro Bautismo es la gran invitación que Dios nos hace a cada uno de nosotros. La gracia divina nunca falta para aquellos que, con sinceridad de corazón, buscan vivir según el hombre nuevo, nacido del agua y del Espíritu.

Los innumerables santos canonizados por la Iglesia dan testimonio elocuente de que el poder del Bautismo puede obrar maravillas en las personas y en el mundo transformado según el plan de Dios.

Debo preguntarme: ¿soy consciente de que la gracia del Bautismo debe hacer de mí, en la Iglesia y a través de la Iglesia, que es el Cuerpo Místico del Señor, un verdadero discípulo-misionero de Jesús, un santo y apóstol de la santidad, un proclamador de la Fe católica que nos salva y llena nuestras vidas de alegría?

III - Resplandece la caridad del Sagrado Corazón de Jesús

El Bautismo de Jesús nos muestra con intensidad cómo el Salvador se apiadó del género humano, sumergido en el pecado. Allí, en las aguas del Jordán, el Sagrado Corazón del Hijo de Dios palpita con infinita misericor-

dia hacia nosotros, tomando sobre sí nuestros pecados y ofreciéndose al Padre como víctima para nuestra redención. Y en aquel mismo momento, el Padre se vuelve hacia Él, se hace oír y expresa todo su afecto por el «Hijo amado».

1. Asumió nuestra frágil condición humana

En el episodio del Bautismo del Señor, debemos contemplar esa condescendencia divina que hace que Dios asuma todo lo que es propio de nuestra frágil condición humana. Jesús era impecable, pero en un gesto de solidaridad con toda la humanidad, asumió las consecuencias de nuestro pecado.

2. Un Corazón que nos amó hasta la «locura de la Cruz»

Sí, el Dios encarnado viene al hombre, camina entre los hombres, se mezcla con ellos. A orillas del río Jordán, Juan el Bautista es el primero en dar testimonio de la novedad real del amor de Dios, Aquel que viene al encuentro de las heridas y los sufrimientos humanos, para rescatar su obra maestra, para conducirla a la salvación. Vino a extinguir de una vez por todas el exilio de la humanidad, a satisfacer el

anhelo de Dios que palpita en el corazón del hombre, a proclamar el «tiempo de gracia». A orillas del Jordán, el Sagrado Corazón de Cristo acepta, libremente y en total sumisión a la voluntad de Dios, amar al hombre hasta el final, aunque ese amor le lleve a la «locura de la cruz».

3. Amemos al Corazón que tanto nos amó

Tengamos presente, sin embargo, que la condescendencia divina, manifestada ya en el Bautismo de Jesús, y luego confirmada de forma tan conmovedora en la vida, las actitudes y las palabras de Jesús, nos anima a amar con todas nuestras fuerzas a este Sagrado Corazón que tanto nos ama. Él está plenamente dispuesto a salvarnos y a sostenernos en nuestras necesidades. Sólo conoce el amor y la misericordia hacia nosotros, y lo único que nos pide a cambio es que lo amemos como Él nos ama.

Renovemos nuestros propósitos bautismales, sí, pero renovemos también nuestro propósito de amar al Sagrado Corazón de Jesús sobre todas las cosas, con un amor tan profundo y verdadero que se manifieste en nuestra propia santificación y en nuestra caridad hacia todos aquellos que, de

un modo u otro, necesitan nuestro apoyo y consuelo.

Mostremos al mundo, con el testimonio de nuestras vidas, que Jesucristo es el Hijo amado de Dios, el Camino seguro hacia la felicidad plena, la Verdad que anhela el corazón del hombre y la Vida que no fue devorada por la muerte, sino que la venció por los siglos de los siglos.

Conclusión

Al terminar esta meditación sobre el Bautismo de Jesús, dirijámonos a la Virgen de Fátima y pidámosle una vez más que nos conceda de su Divino Hijo la gracia de ser fieles a nuestras promesas bautismales, a nuestra condición de hijos de Dios, miembros de la Santa Iglesia Católica y herederos del Cielo.

Que nos proteja y nos sostenga con sus cuidados maternos para que nunca caigamos en el abismo de una vida envejecida por el pecado y la indiferencia al amor del Sagrado Corazón de Jesús por todos y cada uno de nosotros. Y para que, siguiendo su ejemplo, sepamos vivir con alegría cada día las promesas de nuestro propio Bautismo, el magnífico e incalculable beneficio que nos ha introducido en el camino del Cielo. Por ello, imploramos humildemente:



Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





LA TRANSFORMACIÓN DEL AGUA EN VINO EN LAS BODAS DE CANÁ

*El mejor vino para el final:
el «vino» de María*

Composición de lugar

Para nuestra composición de lugar, imaginemos un hermoso banquete de bodas en tiempos evangélicos, en una casa espaciosa con grandes salones y muchos invitados. Entre ellos están la Santísima Virgen, Jesús y sus primeros discípulos. Todos están contentos, disfrutando de la buena comida y del vino servido por los anfitriones. De repente, vemos a la Santísima Virgen acercarse a Jesús y los dos se dirigen a la cocina de la casa, donde unos criados desconcertados les muestran las tinajas vacías...



Oración preparatoria

Oh Santísima Virgen de Fátima, Madre de Dios y nuestra, a quien ofrecemos esta meditación en reparación a tu Inmaculado Corazón: intercede hoy por nosotros del mismo modo que lo hiciste en su día en las bodas de Caná, y ruega a tu adorable Hijo que nos conceda las gracias que nos faltan y que tanto necesitamos para aceptar los milagros de la misericordia divina en nuestras vidas y en nuestra peregrinación hacia el Cielo. Amén.



I - Cooperar con Dios en los milagros de la Fe

Caná estaba a diez kilómetros de Nazaret y era una ciudad más importante que ésta. Podemos creer que María estaba estrechamente emparentada con las familias de la joven pareja y, al haber sido invitada, pensó que era su deber asistir. Nuestro Señor la acompañó, llevando consigo a sus primeros discípulos: Juan, Santiago, Pedro, Andrés, Felipe y Natanael.

Como enseñan los doctores de la Iglesia, al aparecer allí Nuestro Señor honró el matrimonio y lo elevó a la dignidad de Sacramento, además de mostrar a la Iglesia y al mundo que sin la presencia del Hijo de Dios y de su Santísima Madre no hay santas nupcias agradables a Dios.

1. La Santísima Virgen pendiente de los necesitados

Como siempre, olvidada de sí misma, María Santísima estaba atenta a todo, deseosa de hacer el bien a los demás. Entonces se dio cuenta, tal vez sin que nadie se lo hubiera dicho, de la embarazosa situación: se había acabado el vino. ¡Qué vergüenza para los anfitriones! ¡Qué decepción cuando se supiera la noticia! Pero eso no ocurrió, porque el

Corazón de María no podía ver una necesidad, una aflicción e intervino pidiendo un milagro para sacar de apuros a estos humildes esposos, incluso sin que se lo hubieran pedido.

La Santísima Virgen lo interpretó todo sabiamente y sin duda consideró que la Providencia había permitido que la falta de vino diera a Jesús la oportunidad de manifestar su divinidad. Él aún no había obrado ningún prodigio, pero María no dudaba de su poder sobrenatural, y sus palabras fueron una súplica para que hiciera todo lo posible, incluso un milagro.

2. Jesús se alegra ante la petición de María

Por supuesto, Nuestro Señor también debió de entristecerse por la situación de aquellas familias. Sin embargo, quiso instruir a sus discípulos y asociar a la Santísima Virgen a su obra, mostrando el papel decisivo de la mediación de su Madre. Por eso, sin duda se alegró al oír la súplica de María y respondió como diciendo: «Déjame a mí, todo irá bien», con gran dignidad en su tono, pero también con más afecto en la modulación de su voz.

3. Obedecemos a la voz de la gracia

Al recomendar a los siervos que hicieran todo lo que Jesús les dijera, la Santísima

Virgen les ordenó que no pusieran ningún obstáculo a la voluntad de Jesús. Y esto es lo que Ella repite constantemente en nuestras almas: «Haced lo que Él os diga», es decir, «seguid la voz interior de la gracia, sin ponerle ningún obstáculo».

Por desgracia, a menudo no sabemos interpretar bien la voz de Dios y nos resistimos a la gracia, contrariamente a la actitud ejemplar de aquellos siervos. La idea de ofrecer agua en un banquete debió de parecerles extraña, pero obedecieron con prontitud, sin hacer el menor comentario.

Deberíamos aprender de este pasaje una lección importante para nuestra vida espiritual: es importante obedecer fielmente a Dios y a quienes ocupan su lugar entre nosotros, sin preguntar con demasiado interés por qué nos mandan una cosa u otra. Dios quiere nuestra cooperación en los milagros, mediante la fe, mediante la obediencia a la voz de la gracia en nuestro interior. Es como si Él nos dijera: «Si tú haces lo que puedes, Yo haré lo que no puedes».

II - La eficaz y poderosa intercesión de María

La Santísima Virgen conocía muy bien el Sagrado Corazón de Jesús y sabía que se

ocuparía de Ella, por lo que recomendó a los sirvientes que hicieran todo lo que Él les dijera. Y así, a petición de María, se adelanta excepcionalmente la hora de los milagros de Cristo. Ésta es la eficacia de la omnipotencia suplicante de Nuestra Señora.

1. Debemos confiar siempre en la Santísima Virgen

Esto nos muestra que debemos confiar en la Santísima Virgen sin restricciones, incluso cuando parezca que merecemos el rechazo de Nuestro Señor. Ella será la que venga en nuestra ayuda cuando a nosotros también «nos falte el vino» porque, por voluntad de Dios, el poder de impetración de la Mediadora de todas las gracias es inconmensurable. En su infinita bondad, el Redentor prometió: «Lo que pidáis en mi nombre, Yo lo haré» (Jn 14, 13).

Ahora bien, si esto es cierto para nosotros, que hemos sido concebidos en el pecado original y que cargamos con tantas miserias personales, ¿cómo no va a serlo en grado sumo para su incomparable Madre? Si en la tierra Jesús no le negó nada, ¿actuaría de otro modo en el Cielo? Si realizó este maravilloso milagro, aunque todavía no era el momento, podemos estar seguros de que ahora ha llegado su hora, porque está en el Cielo como Sacerdote



Eterno ante el Padre para interceder por nosotros (cf. Heb 4, 14).

Así que estemos seguros de que, acudiendo a María, ¡seremos atendidos en cualquier circunstancia!

2. Una nueva era en la espiritualidad humana

En las bodas de Caná, según la interpretación de célebres teólogos y exégetas, junto

a innumerables hipótesis plausibles, una es totalmente cierta: Jesús obró este milagro por intercesión de María para infundirnos la convicción de que, aunque no haya llegado el momento, con una palabra de labios de su Madre, nos atenderá.

En Caná se abrió una nueva era en la espiritualidad del género humano, con la inauguración de un régimen especial de gracia. Además, en Caná, María nos enseña algo muy importante. Si lo analizamos superficialmente, la actitud de la Santísima Virgen parece inexplicable porque, a pesar de la negativa de Jesús, ordena a los sirvientes que hagan todo lo que Él les diga. ¿No había dicho que aún no había llegado su hora?

Por eso, al leer el Evangelio, parece que María no hizo caso de esta respuesta negativa. La teología nos aclara que la actitud de María —a primera vista un tanto oscura— es una excelente lección para nosotros: no todas las determinaciones de Dios son absolutas, hay algunas que están condicionadas a nuestros deseos y reacciones; en otras palabras, se cumplirán o no, dependiendo de la manifestación de nuestras disposiciones.

Si María no hubiera recomendado a los sirvientes que actuaran según las instrucciones de Jesús, los novios y sus invitados no

habrían bebido el mejor vino de la historia, ni los Apóstoles habrían sido testigos de un milagro tan grandioso. Esto nos lleva a concluir que es importante rezar a Dios con fervor y constantemente, expresándole nuestras necesidades, porque es posible que esté esperando nuestra actitud para seguir un camino u otro.

En Caná aprendimos de María cuánto desea Dios nuestra colaboración en su obra. Debido a este sublime papel de mediadora y omnipotencia suplicante de la Santísima Virgen, que comienza públicamente en las bodas de Caná, quizá podríamos dividir la historia de la espiritualidad en dos grandes épocas: antes de María y después de María.

III - Invitación a la Esperanza

El vino que resultó de este milagro fue sin duda el más delicioso jamás producido en la historia —el vino de los vinos— porque fue elaborado por Dios mismo. Del hecho de que fuera servido al final, podemos extraer una aplicación para nuestra vida espiritual.

1. Después de las pruebas viene el «vino» de la consolación

Cuando cedemos a la seducción del pecado, primero tomamos el «vino bueno»: el

disfrute de los placeres y la ilusión de la felicidad perfecta. Pero poco después, cuando ya estamos intoxicados por el vicio, aparecen la tristeza y la frustración.

Por otra parte, cuando iniciamos el camino de la santificación, al principio podemos encontrar dificultades o pruebas. Pronto, sin embargo, vendrá el delicioso «vino» de los consuelos espirituales. He aquí una palabra de esperanza y consuelo para los que sufren: el buen vino transformado por Nuestro Señor se está preparando para ellos.

2. El mejor vino reservado para el final: el triunfo del Corazón Inmaculado de María

Frente a las perplejidades y aprensiones que puede provocarnos el mundo actual, el milagro de las bodas de Caná nos invita a la esperanza. Porque sabemos que cuando la humanidad alcanza un nivel de decadencia moral en el que todo empieza a parecer perdido, la intercesión omnipotente de María obtendrá de su Divino Hijo la mutación del agua —en este caso, el agua contaminada por el pecado— en el mejor vino.

Por intercesión de la Madre de Dios, la miseria espiritual del mundo se transformará



en algo extraordinario que ni siquiera podemos imaginar: el Reino de María, es decir, el triunfo de su Corazón Sapiencial e Inmaculado, anunciado por Ella en Fátima.

La frase del Evangelio: «Has guardado el vino bueno hasta ahora», bien podría significar: «Has dejado tus mejores gracias para los tiempos venideros, oh Dios». Las gracias más excelentes, los beneficios más señalados, los santos más grandes, la civilización

más perfecta, todo lo que podría ser mejor se ha reservado para esta era mariana.

De forma suave pero rápida y directa —al igual que el agua se transformó en vino en las bodas de Caná—, la Santísima Virgen obtendrá de su Divino Hijo la santificación de nuestras almas. Para obtener esta feliz renovación, sólo tenemos que presentarle nuestras necesidades, nuestras miserias, nuestras tibiezas, y suplicarle: «Virgen Santísima, me falta el vino del amor y de la devoción, sólo tengo un poco de agua fría e insípida; pídele a tu Hijo que la convierta en vino». Así, por el amoroso designio de su Divino Hijo, llegará al final el mejor «vino» de la historia, y será el «vino de María».

Conclusión

Al concluir esta meditación, pidamos a la gloriosa Virgen de Fátima que nos conceda una confianza perfecta en su poderosa intercesión, y que nos confirme en el propósito de acudir siempre a Ella en todas nuestras necesidades, seguros de que la Madre de Dios nos obtendrá del Divino Redentor la gracia de hacer que el agua insípida de nuestras miserias se transforme en el precioso vino de la santidad al que estamos llamados. Roguémosle por esta intención:



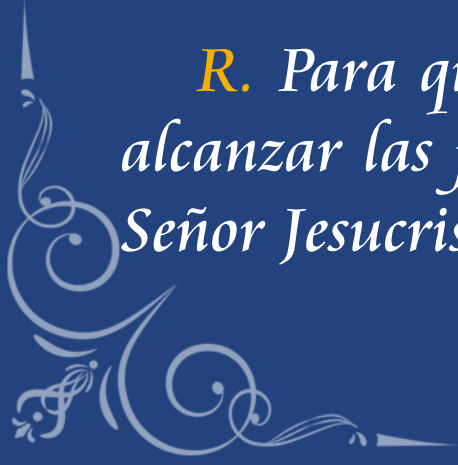
Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





EL ANUNCIO DEL REINO DE DIOS INVITANDO A LA CONVERSIÓN

El Corazón que nos ama hasta el extremo

Composición de lugar

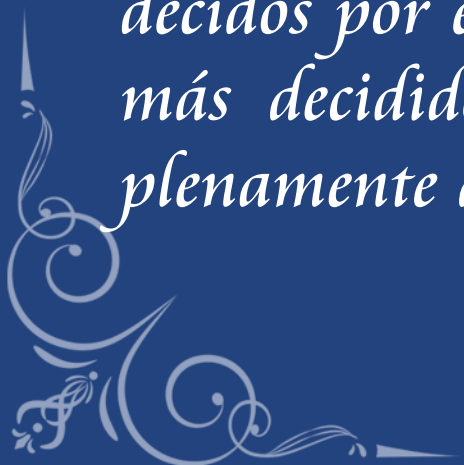
Para nuestra composición de lugar, imaginemos la sala donde Nuestro Señor tuvo la Última Cena con sus apóstoles. Después de la comida, el Divino Maestro les habla con gran amabilidad y afecto, expresando su amor por todos. Los apóstoles escuchan atentamente, y cada palabra, cada gesto de Jesús les impresiona profundamente.

También nosotros, contemplando esta escena con la imaginación, nos sentimos tocados en lo más profundo del alma por la benevolencia del Sagrado Corazón de Jesús.



Oración preparatoria

Oh Corazón Inmaculado de María, horno ardiente de amor por el Sagrado Corazón de Jesús, concédenos las gracias necesarias para meditar bien este misterio luminoso de nuestra Fe, considerando el amor infinito que el Corazón de tu Divino Hijo tiene por todos y cada uno de nosotros. Concédenos, oh Madre, que salgamos de esta meditación más agradecidos por este amor divino y más decididos a corresponder plenamente a él. Amén.



I - Fuente de confianza inquebrantable

Cada uno de nosotros tiene un corazón que late día y noche y discierne claramente sus propios gustos y preferencias. Pero ¡qué diferente es el adorable Corazón de Jesús, humano y divino al mismo tiempo! Ningún movimiento de este Corazón estará jamás reñido con los deseos de la Santísima Trinidad.

Una vez creado, se unió a los planes que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tenían para Él, y mostró a Dios el amor más perfecto y sublime, penetrado de respeto, adoración y sumisión. Un Corazón hecho de amor ilimitado, que conoce nuestras miserias y debilidades, lo tolera todo, compasivamente, sin disminuir nunca su amor, a pesar de las innumerables ocasiones en que le damos motivo para ello.

1. Celebración de la confianza inquebrantable

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús basta para que nuestra confianza en Él sea inquebrantable y para que tengamos la firme convicción de que, gracias a la infinita benevolencia de Dios, un día alcanzaremos la felicidad eterna. Imperfectos como somos,

siempre necesitamos ayuda sobrenatural para practicar la virtud, ya que la Escritura dice que el justo peca siete veces al día (cf. Prov 24, 16).

Sin embargo, ante nuestras debilidades, no perdamos ni un ápice de confianza, seguros de que en el fondo dan a la Providencia la oportunidad de mostrar aún más su gran misericordia. Debemos, pues, abandonarnos sin reservas en las manos del Sagrado Corazón de Jesús y dejarnos conducir como meros objetos de su infinita bondad. La celebración de esta devoción podría llamarse la fiesta de la confianza inquebrantable.

2. Misericordia y perdón ilimitados

Unas horas antes de que el Corazón de Jesús fuera atravesado por la lanza de Longinos, Nuestro Señor dirigió a Dios una conmovedora súplica: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). En ese momento, Cristo recordó al Padre Eterno su condición de Hijo, tratando de conmoverlo tanto como se había conmovido su Sagrado Corazón, y dejando traslucir su deseo de salvar incluso a quienes lo martirizaban.

Aquellos verdugos no tenían ni idea de a quién estaban crucificando y tuvieron que clavar en la cruz a un presunto criminal obe-

deciendo la orden que habían recibido. Sin embargo, cuando ofendemos gravemente a Dios, no podemos decir que no sabemos lo que hacemos, ya que el pecado mortal requiere pleno conocimiento y consentimiento deliberado.

Por lo tanto, debemos tomar la firme resolución de volver nuestro corazón a Dios, a pesar de nuestras muchas miserias, rezando: «¡Señor, perdóname, porque sé lo que hago!» Y tengamos la misma confianza inquebrantable en que seremos perdonados, con una clemencia aún mayor de la que tuvo el Sagrado Corazón de Jesús cuando perdonó a los que no sabían lo que hacían. ¡Tal es la grandeza del Corazón amoroso de Jesús, de inagotable misericordia, benevolencia y perdón!

II - Un corazón fiel y lleno de ternura

La gente promete con facilidad, pero luego suele faltar a su palabra, ya sea porque engañó al prometer o porque no puede o no quiere cumplirla. No así Jesucristo, que, siendo Dios todopoderoso, no puede ni engañar ni cambiar sus promesas. ¡Cuánto mejor es, pues, tener que tratar con este Corazón Divino que con los hombres!

Pero entremos en nuestra conciencia: ¿somos fieles a Dios como Él es fiel a nosotros? ¡Cuántas veces hemos prometido amarlo y después lo hemos traicionado!

1. El Corazón de Jesús no puede engañar a los que lo aman

«¡Oh, qué fiel es el hermoso Corazón de Jesús con aquellos a los que Él llama a su santo amor!», exclama San Alfonso de Liguorio. Nos enseña que la fidelidad de Dios nos anima a esperar todo de Él, aunque no merezcamos nada. Si deseamos gracias, pidámoslas en nombre de Jesucristo, ya que nos ha prometido que las obtendremos.

En las tentaciones, confiemos en los méritos de Jesús, que no permitirá que nuestros enemigos nos arrastren más allá de nuestras fuerzas. Dios no puede ser infiel en sus promesas, porque no puede mentir, pues es la verdad misma; ni puede cambiar de opinión, porque todo lo que quiere es justo y recto. Ha prometido acoger a todos los que acudan a Él y dar ayuda a los que se la pidan, y amar a los que lo aman. Si lo ha prometido así, ¿cómo no va a cumplir su promesa?

2. No existe un Corazón más tierno y misericordioso

¿Dónde podríamos encontrar un corazón más tierno y misericordioso que el Corazón de Jesús, que se compadece de nuestras miserias? Su misericordia le hizo bajar del Cielo a la tierra, le hizo decir que era el Buen Pastor venido a dar la vida por sus ovejas. Para obtener el perdón para nosotros, pecadores, no se perdonó a Sí mismo y quiso sacrificarse en la Cruz para sufrir el castigo que habíamos merecido.

Es la misma piedad y compasión la que le hace decir incluso ahora: «Oh, hombres, pobres hijos míos, ¿por qué queréis condenaros huyendo de Mí? ¿No veis que alejándoos de Mí corréis hacia la muerte eterna? No quiero veros condenados; no os desaniméis, si queréis volver a Mí, ¡volved y recuperaréis la vida!».

Su misma misericordia le hace decir también que es el Padre amoroso que, aunque despreciado por su hijo, no sabe rechazarlo cuando regresa arrepentido, sino que lo abraza con ternura y olvida todos los insultos que ha recibido.

¿Soy plenamente consciente de que nunca encontraré un Corazón tan bondadoso y mi-

sericordioso como el de Jesús, clementísimo para conmigo?

3. Ninguno más bondadoso y generoso

Es característico de las personas con un corazón bien formado querer hacer felices a todos, especialmente a los más necesitados y afligidos. Pero ¿dónde encontraremos a alguien con un corazón más bondadoso que Jesucristo? Porque Él es la Bondad infinita, tiene un deseo extremo de compartir sus riquezas con nosotros: «Las riquezas están conmigo, para enriquecer a los que me aman».

Para enriquecernos, ha querido quedarse en el Santísimo Sacramento, desde donde quiere distribuir a manos llenas gracias y favores celestiales, para dárselos a quienes lo reciben y van a visitarlo. En el Corazón de Jesús, por tanto, encontramos todos los bienes y gracias que deseamos.

Sepamos pues —observa san Alfonso— que es al Corazón de Jesús al que debemos agradecer por todas las gracias que hemos recibido: la Redención, la vocación, la iluminación interior, el perdón, la fuerza para resistir a las tentaciones, la paciencia en la adversidad, porque sin su ayuda no podríamos hacer ningún bien: «Sin Mí no podéis hacer nada».

Y si no hemos recibido gracias más abundantes en el pasado, no nos quejemos del Sagrado Corazón, sino de nosotros mismos, porque no las pedimos.

III - Un Corazón que merece todo nuestro amor

Quien se muestra siempre y en todo amable, necesariamente se hace amable a sí mismo. Si intentáramos conocer todos los bellos títulos que tiene Jesucristo para ser amado, todos nos encontraríamos en la feliz necesidad de amarlo. ¿Qué corazón es más amable que el de Jesucristo? Un corazón que es todo puro, todo santo, todo amor hacia Dios y hacia nosotros. Un corazón cuyo único objeto es la gloria divina y nuestro bien. Un corazón en el que Dios encuentra todas sus delicias y toda su complacencia.

1. ¿Cómo es posible que el Corazón de Jesús sea tan poco amado?

En el Corazón de Jesús, por tanto, se encuentra todo lo que puede ser amado. Si hubiera una persona que poseyera todas estas virtudes y más aún, ¿quién podría dejar de amarla? Si supiéramos que lejos de nosotros reina un monarca famoso, humilde, afa-

ble, piadoso, caritativo, manso con todos y bondadoso hasta con aquellos que le hacen daño; incluso sin conocerlo ni tener nada que ver con él, nos sentiríamos cautivados por su amor y movidos a amarlo. Entonces, ¿cómo es posible que Jesucristo, que posee todas estas virtudes en grado infinito, que nos ama con tanta ternura, sea tan poco amado por los hombres y no sea el único objeto de nuestro amor?

Y yo, que hago ahora esta meditación, ¿cuánto amo a este Sagrado Corazón?

«Oh, mi amado Redentor, en tu Corazón existen todas las virtudes. Corazón amabilísimo de Jesús, mereces el amor de todos los corazones. Muy pobre e infeliz es el corazón que no te ama. Mi corazón ha sido muy infeliz mientras no te ha amado. Pero ya no quiero ser tan infeliz, porque te amo, oh Jesús, y quiero amarte siempre».

2. El Corazón de Jesús nos ama hasta el fin

Oh, ¡si pudiéramos darnos cuenta del amor que nos tiene el Corazón de Jesús! Jesús nos ama tanto que si todos los hombres y todos los Ángeles se unieran para amarlo con todas sus fuerzas, no alcanzarían ni una milésima parte del amor que Jesús nos tiene.



Nos ama inmensamente más de lo que nos amamos a nosotros mismos; Él nos ha amado hasta el extremo. ¿Y qué mayor extremo que el que Dios muera por sus criaturas?

Jesús nos amó hasta el extremo. Sí, porque después de que Dios nos amara desde la eternidad, de modo que nunca hubo un instante en el que no pensara en nosotros y nos amara a cada uno de nosotros, por nuestro bien se

hizo hombre y eligió una vida y una muerte dolorosas en una cruz. Por eso nos amó más que a su honor, más que a su descanso, más que a su vida, porque lo sacrificó todo para demostrarnos su amor por nosotros. ¿No es esto un extremo de amor que hará que los Ángeles y todo el Paraíso se queden maravillados por toda la eternidad?

No desviemos nuestra atención de la realidad: este Corazón adorable de Jesús, un Corazón consumido por el amor a la humanidad, un Corazón creado para amar a la humanidad, merece ser amado por todos nosotros y espera, de cada una de sus criaturas humanas, la correspondencia al amor infinito que les tiene.

Conclusión

Dirijámonos a la gloriosa Virgen de Fátima, cuyo Corazón Inmaculado es el modelo perfecto de devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y pidámosle que encienda en nuestras almas el amor a este Corazón que tanto nos ama, y que lo haga crecer hasta los límites que pueda alcanzar nuestra naturaleza humana. Que nuestra Madre Celestial nos ayude a superar todas las debilidades morales que nos separan del Sagrado Corazón de su Divino Hijo y nos lleve a amarlo fervientemente, por encima de todos los afectos terrenales.



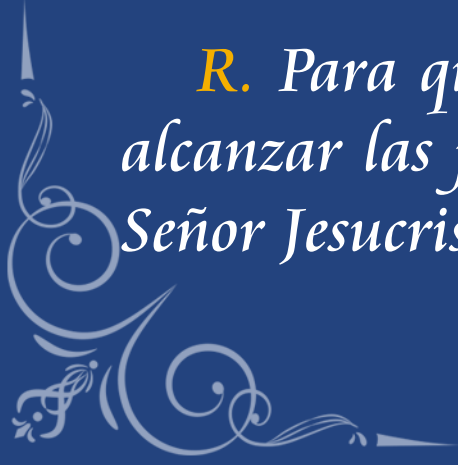
Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





LA TRANSFIGURACIÓN DE JESÚS

*El fundamento de nuestra
perseverancia en la fe*

Composición de lugar

Imaginemos una alta y hermosa montaña en Tierra Santa, cubierta de exuberante vegetación. En la cima de esta montaña vemos a los tres Apóstoles en actitud de gran admiración, contemplando una luz resplandeciente que brilla sobre sus cabezas. En medio de esta luz vislumbramos la figura divina del Redentor, flanqueado por dos personajes bíblicos, Moisés y Elías.



Oración preparatoria

*Oh Santísima Virgen
María, Madre nuestra, Tú
que compartiste con Cristo
la gloria de la Transfigu-
ración eterna, alcánzanos
las gracias necesarias para
meditar bien este cuarto
misterio luminoso, y po-
damos recoger así todos los
frutos de santificación que
nos ofrece. Amén.*



I - En el Tabor Jesús manifestó su gloria

En el monte Tabor, Jesús reveló un diminuto brillo de su gloria, a pesar de ocultar la plenitud del resplandor que le es propio. ¿Qué interpretación le podemos dar a este hecho tan sublime? ¿Qué relación puede tener con nosotros dos mil años después?

Este pasaje se presta a múltiples profundizaciones, con útiles aplicaciones para nuestra vida espiritual. Por eso resulta tan apropiada la exclamación de San Pedro: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí!».

1. Un atisbo de lo que veremos en el Cielo

Cristo quiso desvelar su gloria «mientras oraba». Una lección para nosotros, que tan a menudo le damos poca importancia a la oración para darle primacía a las ocupaciones concretas del día a día. La oración hace que nuestra alma sea celestial y, por eso, es menester que nunca dejemos de rezar.

¿Cómo entender la refulgencia de Jesús manifestada en esa ocasión? Él quiso mostrar un destello de lo que asistiremos en el Cielo. En efecto, a Pedro, Juan y Santiago les era imposible contemplar la divinidad del Señor

con el sentido de la vista, al ser una realidad más allá de nuestra humana naturaleza en esta tierra. Sólo nos será dado verla en el Cielo con la mirada del alma. Pero en el momento de la Transfiguración lograron ver lo que el ojo humano capta, es decir, el fulgor exterior del sagrado cuerpo del Señor. La gloria de su cuerpo era únicamente un reflejo de la gloria de su alma, muchísimo más esplendorosa.

2. Inmensa gracia, también reservada para nosotros

La reacción de Pedro da testimonio de cuán difícil era poder expresar en palabras todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Lo que había dicho tenía su razón de ser, porque reflejaba el deseo de perpetuar esa situación de felicidad paradisíaca. Estaban extasiados con maravillas nunca vistas, pero al mismo tiempo tenían miedo (cf. Mc 9, 5-6), ya que conservaban cierto apego a muchos principios que no correspondían a lo que se estaba desarrollando ante ellos.

En ese momento estaban viendo anticipadamente una realidad anunciada por la fe, que también está reservada para cada uno de nosotros, si morimos en la amistad de Dios, o sea, el esplendor de lo que será un cuerpo glorioso.

Todas estas cosas iban acompañadas de gracias, pues ¿de qué serviría que el Señor se transfigurase sin proporcionarles un auxilio sobrenatural especialmente sensible? La mera razón no sería capaz de sustentarlos y serían necesarias esas gracias con las que Dios nos educa y conduce hacia la santidad.

II - Dios nos ama como a su Hijo único

Jesucristo es la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios Hijo, el único Hijo engendrado por el Padre. Pero nosotros también estamos incluidos en esa filiación, porque somos hijos adoptivos de Dios por el Bautismo y, por lo tanto, somos hermanos de Jesús, formamos parte de la familia divina. La gloria que ahí se estaba revelando era una anticipación de la misma gloria que tendremos en la eternidad, si correspondemos a esa altísima condición. Por eso debemos escucharlo, porque «uno solo es vuestro maestro, el Mesías» (Mt 23, 10).

1. Debemos cumplir nuestra condición de elegidos

En «el Elegido», el Padre puso todo lo que podía, es decir, lo infinito de bondad, de verdad y de belleza. A nosotros, que somos

sus elegidos, también nos concede dones incalculables en el Bautismo y en todos los demás sacramentos. Infunde el bien existente en nosotros, por su amor. Ser amado por Dios es un privilegio extraordinario que debemos cuidar celosamente, apartándonos del pecado y, si tuviésemos la infelicidad de perder el estado de gracia, debemos tratar de recuperar enseguida la amistad de Dios, andando por el camino del arrepentimiento para acercarnos al tribunal misericordioso de la Penitencia.

III - Jesús se transfiguró para cada uno de nosotros

Consideremos también que cuando Jesús se transfigura ante los apóstoles, también lo hace delante de cada uno de nosotros, porque la liturgia permite beneficiarnos hoy de la efusión de gracias que hubo en aquel acontecimiento, hace dos mil años.

1. Cada cristiano tiene sus momentos de Tabor

De hecho, participamos de la misma admiración de San Pedro, de San Juan y de Santiago. Y a distancia entendemos —quizá todavía mejor que los apóstoles en ese momento— el mensaje que el divino Maestro quiere transmitir para nuestro bien.

Cuando el cristiano sigue con fidelidad los pasos de Jesús, tiene en su vida espiritual momentos de Tabor, en los que ve con particular claridad el resplandor del Señor. Es la hora de la Transfiguración. Podrá ser en una celebración litúrgica, al recibir la Eucaristía, durante una confesión, cuando hace una oración marcadamente fervorosa o incluso en una circunstancia inesperada de su día a día. El que elige la ocasión para favorecer al alma con gracias místicas es el Espíritu Santo.

El recuerdo de esas inefables consolaciones debe ser guardada en la memoria con cuidado, como el que pega en un álbum las fotos de los mejores episodios de su vida, para revivir más tarde la felicidad de aquellos instantes únicos.

2. Cristo está más cerca de nosotros cuando sufrimos

También, en sentido contrario, el buen cristiano tiene a lo largo de la caminata terrena sus viernes santos. Es entonces cuando más se asemeja al Salvador. Serán simples dificultades, podrá ser una persona enferma, problemas familiares, reveses financieros, dramas, desilusiones, decepciones o tragedias que nunca faltan...

Parece, pues, que hemos sido abandonados por Dios, que no escucha nuestras plegarias,

nuestro grito de angustia, y somos tentados contra la fe, vacilamos, dudamos. Da la impresión de que Jesús está distante.

Pero no es así. Está más cerca de nosotros, por mucho que no sintamos su presencia a nuestro lado. Por lo tanto, debemos hacer un pequeño esfuerzo, que no cansa ni da trabajo, de rememorar nuestros momentos de transfiguración en los que percibimos su auxilio con más intensidad, su amor de Padre y su solicitud de Pastor en relación con nosotros.

3. La esperanza del Cielo es un estímulo para afrontar nuestras cruces cotidianas

Ese sencillo recuerdo nos fortalecerá en la fe, podrá reavivar las consolaciones con las que hemos sido favorecidos en el pasado y nos ayudará a atravesar los períodos de aridez o las pruebas y tribulaciones de la existencia. La esperanza del premio eterno es un valioso aliento para soportar con resignación cristiana la cruz de todos los días, de la misma forma que los tres apóstoles tuvieron más ánimo durante la Pasión por haber sido testigos de la Transfiguración. Sepamos darle valor a esos destellos de Tabor, porque son la clave de nuestra vida espiritual, el fundamento de nuestra perseverancia.



Conclusión

En los momentos de prueba, refugiémosnos en el Santísimo Sacramento y acudamos constantemente a la Santísima Virgen, invocándola mediante el rezo del Santo Rosario, seguros de que, cuando terminen los sufrimientos de esta vida, saldrá para nosotros con mayor esplendor el sol del eterno consuelo espiritual. De ahora en adelante, digámosle a María con la confianza total de un niño:



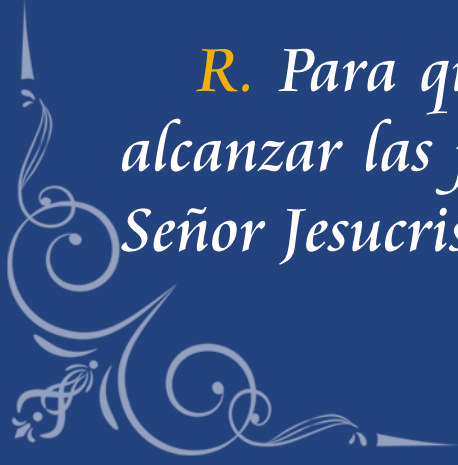


Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*



R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*



LA INSTITUCIÓN DE LA SAGRADA EUCARISTÍA

Alimento para nuestra santificación

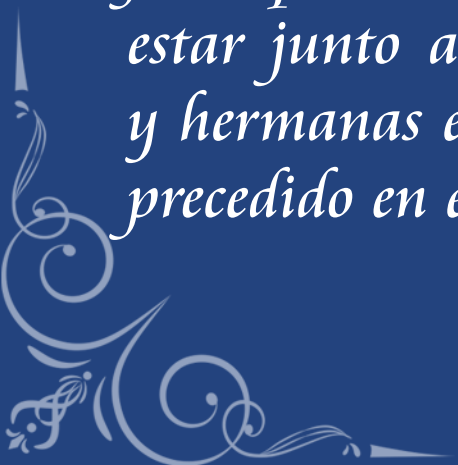
Composición de lugar

Imaginemos el Cenáculo preparado para la Última Cena, con una gran mesa dispuesta para la comida, cántaros de agua y tinajas de vino junto a una de las paredes, candelabros y lámparas de aceite encendidos. En un momento dado, vemos entrar a Nuestro Señor y a los Apóstoles, que van a ocupar sus lugares. El Divino Maestro está en el centro, y vemos que toma en sus manos el pan y un cáliz de vino, levantarlos y bendecirlos, bajo la mirada maravillada de los discípulos.



Oración preparatoria

Oh Santísima Virgen de Fátima, que en tus apariciones en Cova da Iria nos llamaste a la conversión y a la santidad, alcánzanos de tu Divino Hijo las gracias que necesitamos para meditar bien este misterio del Rosario y para recoger de él todos los frutos y beneficios espirituales que nos animen a practicar la virtud y a buscar nuestra propia santificación. Concédenos que hoy hagamos nuevos y más firmes propósitos de parecernos a Ti y a Él, para que un día seamos dignos de estar junto a nuestros hermanos y hermanas en la fe que nos han precedido en el Cielo. Amén.



I - El Pan de la Vida Eterna

Después del milagro de la multiplicación de los panes, Jesús afirmó que Él era el «pan vivo que ha bajado del Cielo». Y prometió: «El que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo» (Jn 6, 51). De este modo, el Redentor anunció lo que nos daría en la Última Cena, con la institución de la Eucaristía.

1. En el tabernáculo, el Pan vivo que nos vino del Cielo

La multitud había comido antes un pan de sabor incomparable cuando Cristo sació su hambre. Ahora prometía un pan aún más sabroso capaz de darnos la inmortalidad. La curiosidad se encendió de forma extraordinaria entre la gente, porque ¿cómo podía ser que un simple alimento tuviera todo ese poder para prolongar la vida eternamente?

Jesús les dijo: «Éste es el pan que baja del Cielo, para que el hombre coma de él y no muera». Aquel pan era Él mismo, su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, entregado a nosotros en la Eucaristía, que se hace presente todos los días en los altares en el momento en que el sacerdote pronuncia las palabras de la Consagración; es el Pan que se encuentra en los sagrarios de

todas las iglesias, siempre dispuesto a servirnos como el alimento que nos fortalece y nos conserva para la vida sin fin en el Cielo.

2. Quien no coma este pan no tendrá vida eterna

Al mismo tiempo que Nuestro Señor prometía la vida eterna a los que comulgan, también nos advertía: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre, no tenéis vida en vosotros» (Jn 6, 53).

Muchos en aquella época no lo entendieron y empezaron a murmurar: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Eran los materialistas de la época, como los hay en todas las épocas. ¿Cuántos hoy tampoco entienden de qué se trata la Eucaristía, no la aceptan y no creen que sea el Cuerpo y la Sangre mismos del Hombre-Dios?

Sin embargo, la Eucaristía es el Pan de Vida, y quien no coma esta Carne, quien no beba esta Sangre, no tendrá la vida eterna y sobrenatural del alma después de dejar la vida terrenal. Es para garantizar esta existencia en la gloria celestial que se nos ha dado la Eucaristía como alimento, y a este banquete de valor infinito estamos invitados todos los días, incluso en esta meditación que estamos haciendo ahora.

Así que tengo que preguntarme: ¿cómo es mi devoción eucarística? ¿Me he acercado asiduamente a la mesa de la Comunión para recibir dignamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo? ¿He acudido al Santísimo Sacramento con frecuencia para adorarlo, profundamente agradecido por el don inestimable que el Señor me ha dejado?

II - Fuente de nuestra santificación

Jesús Eucarístico está siempre dispuesto a escucharnos, a acogernos y a concedernos las gracias y los dones que necesitamos para santificarnos. Él es la fuente de nuestra santificación y por eso nos ha dejado a Sí mismo como alimento.

1. Cristo nos transforma cuando lo recibimos en la Eucaristía

El alimento es indispensable para que los seres humanos se mantengan y sobrevivan. Cuando comemos algo, nuestro cuerpo lo digiere y se convierte en fuente de vida y salud para él. En otras palabras, cuando como un alimento, el alimento se convierte en mí.

Sin embargo, en la Eucaristía se produce un fenómeno muy distinto: puesto que Nuestro

Señor está presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en las Sagradas Especies, cuando lo comulgo y me alimento de Él, es el Hombre-Dios quien me asume y me transforma. Esto es lo que enseñan San Alberto Magno, San Efrén y muchos otros santos. Por eso el Señor mismo dice: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre, habita en Mí y Yo en él» (Jn 6, 56).

2. El que nos santifica

Lo que el alimento es para el cuerpo, la Eucaristía lo es para nuestra alma y nuestro espíritu. La comida nos da fuerza, ánimo y vigor.



Cristo en la Eucaristía proporciona un vigor sobrenatural siempre renovado cuando entra en el alma que lo recibe. Habita en ella, aportándole los méritos infinitos de su Redención y el valor sobreabundante de su gracia santificante. Él es la fuente de nuestra santificación y, al transformarnos cuando lo recibimos como alimento, nos hace dignos de compartir con Él la gloria del Cielo cuando hayamos terminado nuestra peregrinación en este mundo.

III - La felicidad que nos espera en el Cielo

Y es a la dicha eterna a la que debemos mirar siempre, mientras atravesamos las vicisitudes e incertidumbres de esta vida. Nada de lo que sufrimos y afrontamos en nuestra vida cotidiana puede desanimarnos si tenemos ante nuestros ojos la felicidad que nos aguarda en el Cielo. Los santos vivieron así, esforzándose por practicar las virtudes y renunciar a las pasiones terrenales con vistas a la gloria futura. Sigamos su ejemplo.

1. Bienes y bellezas que el corazón humano no puede imaginar

¿En qué consiste esta bienaventuranza eterna? En su Primera carta a los Corintios,

San Pablo trata de revelar un poco lo que nos espera en el Cielo, afirmando que son cosas que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Cor 2, 9). Tales son los bienes y las bellezas que los santos ya disfrutan plenamente en la eternidad y con los que ningún consuelo de esta vida puede compararse.

Nuestra idea de la felicidad es muy humana y naturalista. Por eso a veces pensamos que somos felices porque hemos alcanzado nuestro objeto de deseo. En realidad, mientras estemos en la tierra, nuestra inteligencia no es capaz de comprender la felicidad del Cielo. Sólo podemos vislumbrarla como algo superior a los mayores consuelos espirituales y alegrías terrenales que podamos experimentar. A esto estamos llamados, si trabajamos con amor y empeño en nuestra santificación.

2. Hacer y sufrir todo para merecer el Cielo

No sin razón, por tanto, San Alfonso de Liguori nos exhorta a hacer todo lo posible para merecer en el tiempo presente esa gloria que nos espera en el Cielo: «Detengámonos un momento a considerar la belleza del Paraíso y razonemos así: en la Transfiguración del



Señor, San Pedro, San Juan y Santiago sólo probaron una gota de la dulzura celestial, e incluso entonces no pudieron contenerse de suplicar a Jesús que les concediera permanecer siempre allí.

»¿Qué será de nosotros, entonces, cuando el Señor sacie a sus elegidos de la abundancia de su casa y les haga beber del torrente de sus delicias? A nosotros también nos espera esa suerte, hermano mío, si nos esforzamos por merecerla al menos en el tiempo que nos

queda de vida. ¡Oh dulce esperanza! Llegará un día en que también nosotros veremos a Dios tal como es, es decir, veremos la belleza increada que contiene, de forma infinitamente perfecta, todas las bellezas esparcidas por el universo».

Y el santo concluye: «Tengamos ánimo pues, hermanos míos, para sufrir con paciencia cuanto nos toque padecer en este breve plazo de vida que nos resta; porque todo es poco y aun nada, si se compara con la gloria del paraíso. Cuando nos aflijan los dolores de esta vida, levantemos los ojos al cielo, y consolémonos con la esperanza del Paraíso».

Así que miremos hacia nuestro interior y preguntémonos: ¿cómo nos hemos esforzado por practicar la virtud, por crecer en nuestro amor a Dios, en nuestra devoción a la Sagrada Eucaristía, con vistas a nuestra santificación? ¿Hemos afrontado nuestras pruebas y abrazado nuestras cruces como medio de merecer el Cielo?

Conclusión

Al final de esta meditación, dirijámonos a María Santísima, que es el modelo perfecto de devoción a la Sagrada Eucaristía y de alma adoradora del Santísimo Sacramento; Ella, que llevó al Verbo Encarnado en su seno

inmaculado durante nueve meses, como en un tabernáculo preciosísimo, es la Mediadora que nos ofrece en cada momento la gracia santificante de Dios, es la Reina de todos los Santos y, por eso mismo, la que nos lo obtiene todo del Cielo para que cada uno de nosotros sea tan santo como los justos que nos han precedido en la bienaventuranza eterna.

Dirijámonos a la gloriosa Madre de Dios, Reina de Fátima, e implorémosle que nos ayude a recorrer los caminos de la virtud y del bien, del amor a Dios y de la santidad en esta vida, comprendiendo cada vez más el tesoro que poseemos en la Sagrada Eucaristía, transformándonos en ardientes adoradores del Corazón Eucarístico de su Divino Hijo.

Llenos de confianza, pues, en la maternal y constante solicitud de María, oremos:



Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*



